

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Palma, 32 dupdo., Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES



¡ABAJO LOS CONSUMOS!

El hecho de vivir, la sencillez—y la modestia—de vivir, han llegado á adquirir en España las malas y feas proporciones de un problema, incompletamente resuelto para la mayoría de la gente. Y es fuerza que lo que en Albania y Herzegovina son $2 + 2 = 4$, no sea en esta tierra de Cortazar y Villaverde $2 + 2 = X$. Ya se sabe que con la X se expresa en Matemáticas las cifras incógnitas. Aquí la incógnita—cosa horrible!—es la vida.

Paris, donde vivir, cuando la existencia no se complica con la fatalidad griega, es un fenómeno hacedero y amable, y Londres y Berlin y Roma son ciudades robustas donde comen á diario y comer, como dormir, no es sólo ofrecer la admisión de tener miscellos, sino poseer el resorte de estar de pie. Y Londres y Berlin y Roma y Paris sobre todo, el faro luminoso, como Atenas, lo fué, como Roma lo expresó, de las más nobles aspiraciones humanas en peregrinación, Paris es una gran ciudad vertical, porque Hugo y Pasteur y Zola apartes, hace dos años los consumos, los odiosos derechos de consumos, apenas si existían y hace menos tiempo de eso quedaron abolidos en absoluto.

El derecho á la vida, tan decantado, no debe suponer sólo el derecho á morir, con tantas trabas también, por de contado. Así el suicidio es un delito, según el Código. Homicidio—claro! lo llama. El derecho á vivir debe ser algo más que el derecho á respirar y á agitarse. No sería el hombre entonces un microcosmos. También se agita y respira á su manera el infusorio en su gota—continente. El derecho á vivir supone de un modo esencial el derecho á comer y á nutrirse. Y no come el pueblo que tributa al Estado por la sal y el pan y el agua, que tanto equivaldría, en lo orgánico, tributar por los movimientos de sistole y diástole del corazón.

¡Ah, si los hacendistas españoles pudieran!

Una gran corriente de opinión se ha iniciado en estos días contra esa inícuca contribución de sangrón. Los periódicos todos, salvo los ministeriales—¡oh pudor!—estampan á la cabeza y al final de sus editoriales, como en los días de luz, que parecían ya completamenteidos, de esas dos grandes fechas luminosas, el 69 y el 73, el tema de ¡abajo los consumos! Y qué mejor modo de secundar la fiebre revolucionaria que caldea á todos los órdenes de la actividad humana que gritar ¡abajo los consumos!—no con menos intensidad que un famélico á la puerta de una taberna, los puños cerrados, el coraje en las fauces, la voluntad en el corazón y en los brazos, podría gritar ¡viva la vida!

Consejo de Ministros.

SAGASTA.—Señores, vamos á echar un ratito de conversación hasta la hora de comer. Hay que demostrar al país que hacemos algo. Vamos á ver, ante todo, cómo sigue Gamazo?

GONZÁLEZ.—Los periódicos dicen que está mejor. Pero, ¿quién hace caso de los periódicos?

SAGASTA.—Las malas noticias siempre se confirman. ¿Qué demonio de hombre! ¡A sus años! ¡Y haciendo cálculos hasta con la orina! ¡En fin, qué le vamos á hacer!... ¡Acaso Dios lo reserva para mayores préstamos!

(Momentos de silencio.)

ROMANONES.—¿Se puede saber, señor presidente, qué juicio le ha merecido á usted mi discurso de la Universidad?

SAGASTA.—Hombre, si le he de ser franco, debo declarar que no he tenido tiempo de leerlo.

VILLANUEVA.—Ni yo tampoco.

URZÁIZ.—Niyo.

ROMANONES.—Resulta que nadie lo ha leído (Aparte.) ¡Analfabetos!

URZÁIZ.—Pero, desde luego me opongo á que el Estado pague las atenciones de primera enseñanza. ¡Pues no faltaba más! ¡Bonito está el Tesoro para esos dispendios!

ROMANONES.—Pues es preciso que los maestros de escuela coman.

URZÁIZ.—Ahí tiene usted La Panificadora...

ROMANONES.—(Muy incomodado.) ¡Eso es una alusión!

SAGASTA.—Calma, señores, calma. No incomodarse. (A Romanones.) Tiene usted razón, es una vergüenza que los maestros de escuela se mueran de hambre. Hay que normalizar la situación de esos pobres sacerdotes del progreso, no se dice así? (A Urzáiz.) Reconozco que el estado del Erario no es tan próspero como fuera de desear... De modo, señores, que dejemos este asunto para discutirlo otro día. Y todos contentos.

TEVERGA.—Diga usted, señor presidente, ¿y qué vamos á hacer de eso del Concordato?

SAGASTA.—Hombre, hombre! ¿Pero qué prisa hay en resolver ahora esa cuestión? Esperemos, esperemos... Ya sabe usted lo que dice Pidal: que Rampolla está dispuesto á perder una parte de su apellido antes que consentir que rebajemos un céntimo del presupuesto del Clero. Y hay que evitarnos disgustos con la Santa Sede. No artemos al carlismo; no desarmemos á Rampolla. Esa es mi opinión.

VILLANUEVA.—Digo lo mismo.

URZÁIZ.—Y yo.

TEVERGA.—Pues en vista de la opinión del Consejo no tengo nada que objetar y me callo.

SAGASTA.—Y qué noticias hay de San Sebastián?

GONZÁLEZ.—El cura de Zarauz sigue anunciando mal tiempo, pero encambio Almodóvar...

SAGASTA.—Sí, opinará en contrario. Á ese le va muy bien en su oficio de ministro de verano. ¿Qué suerte tiene ese Sánchez! ¡Ni mi sobrino Amós!

ROMANONES.—¿Y qué se sabe de nuestro compañero el ministro de la Guerra?

SAGASTA.—Sigue viajando. Ahora prepara una expedición al Polo. De quien he recibido hoy telegrama ha sido de Veragua. Á ver, Alfonso, haga usted el favor de leerse á los señores. Es muy interesante.

GONZÁLEZ (leyendo).—«Vigo 9.—Toros de mi ganadería lidiados ayer en Majadahonda, admirables. Ni uno solo recibió fuego. Pleito jeiteros y traineros igual estado. Salgo para mi dehesa.»

SAGASTA.—¿Pero qué acertado estuve en nombrar á ese hombre ministro de Marina! ¡Lo está haciendo mejor que Silvela!

ROMANONES.—¿Y las Cortes, cuándo se abrirán, señor presidente?

SAGASTA.—Un día de estos. Lo más tarde que pueda. No corré prisa. ¡Buenas latas nos esperan!

URZÁIZ.—Tengo un miedo á la discusión de los presupuestos!

VILLANUEVA.—Ya verán ustedes como vuelven á fastidiarnos con el asunto ese del tercer depósito.

GONZÁLEZ.—Y con lo de la reorganización de los servicios.

TEVERGA.—Y con la cuestión religiosa.

ROMANONES.—Y con lo de Marruecos. ¡Pero ahí me las den todas!

SAGASTA.—Los digo á ustedes que vamos á pasar una temporada buena. Conque, señores, se acerca la hora de comer. ¿Quién quiere acompañarme á tomar una paella guisada por Capdepón? ¿Qué genio tiene ese hombre para la cocina... valenciana! Ya me estoy chupando los dedos de gusto con sólo pensar en lo rico que estará el arroz... Hasta que nos veamos otra vez, señores. ¡Buenas noches y buen apetito!

LOS ANARQUISTAS

Cada día nos asombra más la conducta de los anarquistas de acción. Dispara Czolgosz dos tiros de revólver contra Mac-Kinley en medio de una numerosa concurrencia, y no recurre á la fuga ni rechaza los golpes que contra él descarga la enfurecida muchedumbre. Come y duerme tranquilo en la cárcel y asiste con impasibilidad á la vista del proceso. Impasible oye su sentencia de muerte. Es joven y desprecia la vida que le queda. Tiene familia y no se preocupa con el llanto de sus viejos padres. Sabe que será ejecutado fuera de la vista del pueblo, y no le atormenta la falta de exhibición que otros reos desean.

¿Qué podrá mover esos hombres á esa abnegación tan grande? ¿Qué es lo que producirá en ellos lo que la religión producía en los mártires del cristianismo? Ese afín de martirio es tal que, según refiere un periódico de San Luis, preso como anarquista un sospechoso, se ha declarado

cómplice de Czolgosz, añadiendo que él fué el que le sujetó alrededor de la mano el pañuelo con que ocultó el revólver. Llámase ese real ó supuesto cómplice Eduardo Saffil y bien claro demuestra que ansía también el sacrificio.

Czolgosz habría podido atribuir su asesinato al deseo de enfrenar una política que, rompiendo con las tradiciones de la República, gastaba en la conquista de apartadas tierras millones de duros y millares de hombres, ó al apoyo que Mac-Kinley daba á esos inmensos sindicatos que acaparan aún las subsistencias. Se habría hecho así simpático á parte de los yanquis y menos repulsivo para las otras gentes; mas él no ha querido disfrazar los móviles de su crimen, y ha dicho resueltamente que obra por el odio que le inspiran todos los jefes de Estado, y es y ha sido anarquista.

Y en esos hombres en el Estado el origen de todos los males que afligen á los pueblos: la miseria de los que trabajan y el fausto de los que huelgan, el foso abierto entre una y otra clases, el predominio de una mesocracia insolente que negocia con la general miseria y vocando honor y patria arroja á insensatas guerras la plebe misera, mientras por un puñado de oro guarda y retiene en su hogar á sus degenerados hijos. Van esos hombres tocando frecuentemente las maldades de que son víctimas, y si son inteligentes y apasionados, reconocen, uno tras otro día, en sus corazones el rencor y la ira.

Se les habla de libertad, de un régimen sin leyes, cárceles ni verdugos donde el amor unirá las almas y el común trabajo los cuerpos; donde no habrá diferencias de clase y si igualdad de condiciones; donde todo será armónico y si por acaso hubiere guerras, los hombres todos sin distinción irán á la defensa de sus hogares. Enardecidos por ese porvenir y por la solidaridad que ven en las pasadas, las presentes y las futuras generaciones, llegan á ver en arrostrar la muerte más un deber que un sacrificio.

Locura pensar en proscribir á esos hombres, dondequiera que se los mande, echarán la semilla en el suelo. Locura también amenazarlos con la muerte. ¿Cómo la han de temer si la desean y la buscan?

El Estado, como otras veces hemos dicho, debe reformarse aboliendo todos los monopolios, organizando para los trabajadores los servicios públicos, nivelando la riqueza por una ley de sucesiones que las limite á los descendientes, los ascendientes y los hermanos, y reduzca á la mitad y á menos de la mitad, según su cuantía, las herencias testadas á favor de extraños y remotos deudos, repartiendo las tierras por cinco años inculdas, transformando en censos las locuciones, esparciendo abajo la riqueza y arriba limitándola. ¿No se emprende esa serie de reformas? Son de temer no muy lejanas catástrofes.

F. PI Y MARGALL

CORO DE LUISES DECADENTES

(Los cantan.—Frase novísima.)

Nosotros somos los Luises.
Nadie nos vence y humilla.
Comporemos la cuadrilla
que dirige el Padre Sanz;
ese punto flúpido,
soberbio é impudente,
que no emula, ciertamente,
á José de Calasanz.

Nuestra casa es un palacio
edificado expreso
para nosotros. Por eso
es regio y deslumbrador.
Nos le regaló una dama
muy anciana, muy devota
y muy rica, á la que explota
el Padre, su confesor.

En esta casa gozamos
de agradables distracciones.
Tiene espaciosos salones,
tiene frontón y billar.
Aquí pasamos las horas
entregados al recreo...
y rindiendo culto al feo
defecto de murmurar.

Aunque nos queremos mucho
al parecer, y nos damos
la mano, y nos abrazamos
con fraternal efusión,
nos odiamos cordialmente,
y, víctimas de la envidia,
nos herimos con perfidia,
por la espalda y á traición.

Hacémonos eruda guerra.
La ambición levanta el vuelo,
y nos lleva con anhelo
al amigo á calumniar,
para ver si de este modo,
que le cuadre, ó no le cuadre,
con él se indigna el Padre,
y conseguimos medrar.

Tales enredos y chismes
se forjan entre nosotros,
que lo mismo unos que otros,
llenos de intención sutil,
por todas partes propalan,
en formas muy peregrinas,
que parecemos vecinas
de la calle del Candil.

Por eso huyen amoscados
muchos jóvenes decentes
que vinieron engañados,
y que al ver lo que esto es
dicen:—¡Voto á San Antonio!
¡Llévese al Padre y al Circulo
el mismísimo demonio!—
Y al punto salen por pies.

Nuestros vicios escondimos
bajo hipocrita careta,
y santa humildad fingimos
y beatífico pudor;
pero luego, caballeros,
en nuestra vida privada,
hay cada gazapo y cada
miseria que causa horror.

Un lenguaje comedido
y pulcro y correcto usamos
cuando en el Circulo estamos.
Fuera del Circulo ya es
otra cosa muy distinta;
y el que no emplee esa táctica
se amueña. Hay que tener práctica,
y amar el propio interés.

Nos doblegamos á todo
con glacial indiferencia.
Carecemos de conciencia,
amor propio y dignidad.
Así es como aquí se logra
cubrir importantes huecos:
es decir, siendo muñecos;
no teniendo voluntad.

Masculamos oraciones,
simulando ante la gente
una fe viva y ardiente.
¡Buena se halla nuestra fe!
Los domingos confesamos
y la comunión tomamos,
cual tomar puede una vieja
un polvito de rapé.

Vamos siempre á las pomposas,
graves fiestas religiosas,
que da el templo-cónciso
de la calle de la Flor.
Nos líncamos de rodillas...
y miramos á hurtadillas
algún rostro femenino,
más ó menos seductor.

Cuando el Padre Sanz va al círculo
y lo hace diariamente,—
salimos alegremente
al gran hombre á recibir.
La mañana le besamos,
y entre frases cariñosas,
con fruición le acariciamos
sin cesar de sonreír.

El también sonríe, y suelta
alguna insigne gansada,



—¡Adelante, señores, adelante! ¡Gran espectáculo!
¡Gran farsa! ¡Apertura de las Cortes!...



¡Abajo los consumos!



—¡Toma, á ver si dimites!



Dicen que vienen los carcas
por la puerta de Alcalá...



El jefecillo.



El verdadero jefe del Gobierno.

que es al momento coreada por la risa general; pues el hombre se figura que es gracioso, y hay que darle por el gusto, y celebrarle cuanto diga bien ó mal.

Esto es vil. ¿Verdad, señores? Pues aquí, ¡por Jesucristo! está resuelto, está visto, que así es necesario ser. Así se hace una carrera; que en tan inmundito torneo sólo vence el fariseo, el traidor y el mercader.

Seamos, pues, hombres máquinas, cumpliendo de un modo exacto y obedeciendo *ipso facto* lo que ordena el *Padre Sanz*; ese punto *filipino*, soberbio é impudente, que no emula, ciertamente, á José de Calasanz.

PRESBITEROMANIA

Cuando después de trabajar rudamente todo el día en bien de mis amados presbíteros, reclino la pesada cabeza sobre la almohada, experimento satisfacción tan beatífica, que no la cambiaría por el orgullo de la popularidad ni por la embriaguez de la gloria.

Es tan grande, que si en aquel momento la caprichosa fortuna se colocase á mi cabecera y me declarara su amor, respondería á sus frases apasionadas con mi silencio, y á sus caricias con mi indiferencia, por no ver disipadas las brumas deleitosas que envuelven mi corazón en el crepúsculo del sueño.

Y es que cada día aumenta en intensidad esta mi pasión eclesiástica, que ha venido á reemplazar á todas las que yo sentía, llenando por completo mi vida, y descubriéndome horizontes espléndidos á los cuales miro con ansiedad y gozo indescriptibles.

Antes me tentaba la carne, ó yo á ella, que en esto de la iniciativa entraban por mucho la ocasión y el sujeto, y al lado de una mujer pasábame las horas muertas dando pruebas fehacientes de que yo no lo estaba, alegre, enabebecido, sin acordarme de que en el mundo hubiera otros deberes que cumplir con preferencia á los que Adán y Eva benditos sean ellos, inventaron en el Paraíso.

También, aun cuando esto ya en menor escala, gustábame concurrir al teatro, por ver á la compañera del hombre luciendo sus mejores atavíos y sus encaños mayores, y acariciar á la vez quiméricos proyectos de ventura que solo alcanzan realización completa en la hermosa soledad de dos en compañía.

No era menor el placer que hallaba en las reuniones de que la mujer es joya y ornamento; en las cuales, bien por vocación irresistible ó por aquélla de que sólo quien siembra coge, dedicábame á tirar en el fértil campo de sus corazones semilla de simpatías, aun cuando en más de una ocasión, y desmintiendo el agrícola aforismo, recogiesen el fruto manos más afortunadas; que en esto de amores no siempre va el premio aparejado con el merecimiento.

Mi vida, en resumen, se deslizaba tranquila por suave y pintoresca pendiente, sin inquietudes ni recelos; hasta que por misteriosa providencia de mi suerte amiga, despertóse en mí esta noble y santa inclinación hacia la gente de iglesia.

Y no más pronto se forma la tormenta en las regiones tropicales y descarga inundando la tierra, que aquella leve inclinación mía vióse convertida en carño entrañable, amor irresistible y pasión enloquecedora, que abrasó por completo el florido vergel de mis pasadas é inocentes alegrías.

Y desde entonces, ¡por qué no confesarlo! sólo vivo por esa y para esa pasión, pareciéndome que no he existido el tiempo anterior al día en que la senti comenzar á escarbajearme el pecho.

La esponja del olvido pasó por el encerado de mis recuerdos con tal fuerza, que no dejó trazo ni señal de mi vida pasada. Curas por todas partes, sólo curas, y siempre curas; esto es lo que veo. A lo lejos me lo parecen hasta las mujeres vestidas de negro, cuando mi mirada no puede delinear bien sus contornos; los lacayos, serenos, mozos del tranvía y cuantos llevan traje largo, y hasta los cómicos, toreros, mozos de café y cuantos no usan bigote por razón de oficio; teniendo que hacer á veces grandes esfuerzos para persuadirme de que no son todos ellos presbíteros disfrazados de persona con objeto de realizar libremente anticanónicas travesuras.

Solo ó acompañado, de noche como de día, despierto como soñando, el recuerdo del cura me acompaña, y jamás amante alguno abdicó tan absolutamente á los pies de su adorado tormento de todo lo que constituye la vida, como yo á las plantas de ellos: el pensamiento que dirige, la voluntad que obra y el corazón que siente.

Prohibirme, por lo tanto, pensar en el cura, se-

ría matarme; dejar de verlo, privarme de la vista; impedir expresar el sentimiento que hacia él me arrastra, hacer picadillo mi corazón. No hay para mí sin él flores en la Primavera ni luz en el sol...

Vosotros, privilegiados mortales que lleváis encendidas en vuestro pecho luminosas hogueras de pasiones arrasadoras, y no creéis que la vida sea una máquina de consumir días monótonos é iguales; vosotros los que sabéis perdonar los grandes extravíos cuando se deben á nobles y levantados impulsos; vosotros los que renunciáis al reposo, á la honra y á la fortuna por el ser amado y no concebís la existencia sin hacer del sacrificio una costumbre; vosotros, ¡oh! comprendéis todo lo sublime de esta mi pasión eclesiástica, y disculparéis los errores á que arrastrarme pueda.

¡Feliz el hombre á quien el cielo concede la gracia de sentir tan hondamente como yo siento, y más feliz aún si encuentra personas discretas como vosotros, amados lectores, á quienes descubrir los secretos de su corazón, sin temor al sarcasmo que hiela mi á la burla que mata!

JOSÉ NAKENS

A GAMAZO

Todos se mueren: Martos, Castelar, el mismo Cánovas; todos se mueren menos Gamazo. La Providencia ó quien sea, ese juez de allá arriba, se equivoca lamentablemente. No sabe crear ni sabe destruir. ¡Gobierna tan mal como Sagasta!

Dicen que Gamazo, si salva la pelleja, que si la salvará, proyecta retirarse de la vida pública y huir del mundanal ruido, refugiándose allá en las poéticas soledades de Boecillo.

Si, hombre, si, retirese usted del mundo; déjese usted de contratar y de hacer préstamos y de cobrar minutas.

Una retirada á tiempo puede salvarle á usted de las iras de la opinión.

¡La patria le agradecerá mucho que deje usted de molestarnos! ¡Váyase usted á... Boecillo! ¡Sea usted patriota una vez en su vida!

TEATRALERÍAS

Adolfo Luna, nuestro amigo y el de todos los que aquí, en lugar de deletrear, leen, no ha sido venturoso en su último estreno del teatro Cómico.

Muchos periódicos se lo han dicho, y *El Imparcial* singularmente, con la firma de J. Laserna. ¡Sazón más oportuna de, al afirmar de nuevo el talento de nuestro querido amigo, negar el de los proveedores habituales de los teatros al uso!

CURSILERÍAS ÍNTIMAS

SAGASTA

Rasgo principal de mi carácter.—La energía. *Cualidad que prefiero en el hombre.*—Que sea «amigo de hacer favores».

Mi principal defecto.—Ser demasiado activo. *Ocupación que prefiero.*—Sacar muelas y... lo otro.

Mi sueño dorado.—Proclamar la República en España.

Lo que constituiría mi mayor desgracia.—Que me substituyese Gamazo en la jefatura del partido.

Lo que quisiera ser.—Un Amós Salvador. *Pueblo en que desearía vivir.*—Eso no se pregunta, en Boecillo!

Color que prefiero.—El rosa-Moret.

Flor que prefiero.—«La flor de lis del matinal lucero.» (¡Qué poético estoy!)

Animal que prefiero.—El Capdepon.

Mis proscritos favoritos.—¡Pero si yo no leo!

Mis compositores favoritos.—Los maestros Calleja y Lleó.

Mis poetas favoritos.—Grilo y Jakson Veyan. *Mis pintores favoritos.*—¡Ninguno! ¡Odio la pintura hasta en Moret!

Héroes novelescos que más admiro.—La huerfana de Bruselas y María ó la hija de un jornalero.

Héroes que más admiro en la vida real.—Primo de Rivera y Blanco.

Manjares y bebidas que prefiero.—La sopa de ajo, la paella á la valenciana y los callos, en cuanto á manjares; en cuanto á bebida, ¡el clásico peleón!

Nombres que más me gustan.—Pedro, Juan, Francisco, etc.

Lo que más detesto.—El poder. ¡Ay, si me dieran vivir en paz!

Hecho militar que más admiro.—La rendición de Santiago de Cuba.

Reforma que creo más necesaria.—¡La revisión del Concordato!

Cómo quisiera morir.—De presidente del Consejo de Ministros, ¡y que rabie Montero Ríos!

Estado actual de mi espíritu.—¡Tranquilo, muy tranquilo!

Mi divisa.—Odia á Gamazo y revienta á los gamacistas.

EL SUPER-LOPEZ

Da verdadera pena meterse con él, porque, al fin y al cabo, es aquí el hombre superior, el último producto de nuestra química social: el super-hombre español. Sus palabras son de redención y de progreso; quiere salvarnos, se inquieta grandemente por el prójimo y nos habla de una porción de cosas simpáticas y nuevas; si, nuevas para la mayoría de las gentes; es socialista, libre-pensador, anticlerical, cristiano y moralista en lo que él llama el alto sentido de estas palabras. Se preocupa de la industria y de la educación, sobre todo de la educación; ensalza al obrero, presume de obrero él mismo y cifra su ideal en el trabajo; cree en los cuatro evangelios de Zola; tiene algo del padre místico Tolstói, y ha leído á Nietzsche. Nuestro *super-Lopez* es, más que nada, un *hombre de ideas*, lo cual basta á distinguirlo desde luego de todos los demás hombres españoles.

Temperamento centrífugo y nada solitario, á pesar de su *superioridad*, vive con los demás y para los demás; se da en grandes dosis y por la sola necesidad de entregarse. No es escritor, y abruma las prensas con libros, folletos y artículos, desde cuyos títulos asoma ya su cabeza apostólica: *Regeneración, El alma nueva, La educación integral, Porvenir de la raza latina, El pensamiento del Cosmos, La idea actual*... Maneja la cuchara grande y revuelve los altos problemas con una satisfacción inocente que lo hace amable y un poco gracioso. No es orador, pero apaña en su torno á una clase cualquiera (con tal que no sea aristócrata) y le habla, le habla largamente de la redención y la bienandanza, del descanso dominical, de la jornada de ocho horas, de la abolición de los impuestos. No es político, y va á las Cortes, donde entre las puyas y chanzonetas de los profesionales expone su ideal, ya bastante desmochado y excolorido, pero que ni aun así cabe en las vías de lo real. Allí no levanta grandes polvaredas, porque, ante todo, prefiere la paz pública y la tolerancia absoluta. El mal, para él, no está en los hechos, sino en las ideas. Nada de revoluciones. Evolución, evolución. En arte, profesa también la idea aplicada. Pintor, nos ha servido mil veces el Cristo obrero y la ley de accidentes en el trabajo; poeta, quiere cantar la máquina de Singer, y se indigna contra los que sienten nostalgias y vaguedades; músico, ha acabado por entender á Wagner, en cuyas óperas hay siempre un salvador, redentor, regenerador. Pero el *super-Lopez* no es artista, ni científico, ni político, ni siquiera carpintero, no. Cuando la regeneración haya dado sus frutos, á él no habrá donde colocarle. Desaparecerá entonces en los aires, como Zaratustra, ó se acogerá á un destino del Estado. El no era más que eso: la idea, las ideas. En verdad, su figura sería sublime si la ley fatal del tiempo perdido y de nuestro atraso con respecto á Europa no lo hicieran el más ridículo de los seres y el más audaz y empujado descubridor del Mediterráneo.

Sin embargo, en fe de hombre superior, es más fuerte creyendo que abominando. No sabe odiar, y prefiere presentar la otra mejilla. Tiene un gran valor para recibir bofetadas. Su obra ha de ser positiva. Los demodólores le asustan. Crear, crear... Si se les pregunta qué hay que hacer por el momento, os responderán cuatro vaguedades irreales. Porque, en el fondo, tampoco saben nada... pero crear, crear. *Demodólores europeizarnos.* Aforismo bien conocido de uno de nuestros primeros *super-Lopez*, y verdad dilapidada. Sólo que si él hubiera empezado por europeizarse antes estaría más callado, porque sabría que Europa se europeizó á tiempo y ya no es ocasión de hacer lo que otros hicieron hace dos siglos, sino algo concreto sobre cada cuestión que nos ponga al nivel ó delante de los demás. Europeizarnos tiene mucha gracia. Diga usted lo que se ha de hacer, ó, mejor, cállense y haga algo, ó si no sabe más que decir, dígalos bien. Para europeizarnos empezaría usted por dar á los chicos una educación inglesa. Y si esto no es absurdo que venga Dios y lo vea. Juegos de Ronger Tennis, Croquet, foot ball... que se avientan tan bien con nuestro clima y costumbres. ¡Odio mortal, en cambio, al cabalgar, derribar toros, tirar á las armas y otras cosas que, por ser de aquí, no son europeas. Pues, mire usted, me voy á poner pedante, con permiso del lector, y á citarle á usted nada menos que á Alfredo el Grande, padre de Inglaterra. También este quiso europeizar á su pueblo, enamorado de la civilización romana de su tiempo. Y al efecto, legisló, ordenó y dispuso todo al estilo de Roma, con lo cual consiguió... quedarse solo enemigo de su reino, que ya no era reino, ni suyo, tal lo vió de mermado y rebelde. Alfredo, que era de veras grande, cayó luego de su burro, derogó sus dorados Códigos y renunció á europeizar á su pueblo, contento con anglosajonizarlo lo mejor posible, basando sus nuevas disposiciones en el carácter y costumbres de sus conatradanos. Y sus leyes aún viven é Inglaterra no ha tenido por qué quejarse.

Para el *super-Lopez* está demás todo estudio práctico y positivo; propone reformas sin conocer el terreno que pisa; no le importa; vive en España como si estuviera en la luna; para él el mundo es una Universidad y la vida un programa por capítulos y lecciones. Para él las cosas no son como son, sino como él quisiera que fuesen. Es inocente y es feliz. ¡Hay que europeizarnos! Y se queda tan fresco.

Su buena fe provoca siempre la sonrisa involuntaria á que nos obliga el ver llegar jadeante al caballo que ha perdido la carrera. Atacaba uno de ellos el problema religioso y me decía, ufano de haber encontrado la fórmula: nuestro mal en España es el catolicismo; para cristianizarnos era preciso que nos descatolizáramos previamente.

Muy hermoso, hube de responderle. ¡Pero no le parece á usted que la primera parte de ese problema la resolvieron, ya hace tres siglos, los pueblos que se reformaron y que ahora ya van por la segunda?

Desde que ellos negaron el dogma y entregaron á la razón el sentido del cristianismo, se ha venido poco á poco hasta lo de hoy, que es darlo por pasado y muerto y enterrarlo con los honores de ordenanza.

Nosotros, en España, por carácter irreligioso y anárquico natural de nuestro pueblo, no hemos

sido nunca de veras católicos; tragamos el dogma, como todo, por rutina; pero al cabo este es un mal superficial del cual nos lavaremos fácilmente. Lo malo profundo está en el misticismo que se ha infiltrado en nuestra vida, en la moral cristiana que se pregona aquí en todas partes (menos en el púlpito), que ha invadido la Universidad, la literatura, la ciencia, el arte, las relaciones sociales. Lo malo profundo es que para todos sea razonable y buena la humildad, la castidad, la paciencia, la pobreza, el sufrimiento, el menosprecio de los bienes terrenales y todas las demás negras virtudes cristianas. De eso si que era preciso librarnos, que de santificarnos, novenas y procesiones todo el mundo se ha reído aquí siempre en su fuero interno, y si subsisten es al amparo de eso otro, contra lo que usted no se atreve á decir nada... ó quizás simplemente porque aún no hemos inventado otra diversión más... divertida.

No hubo medio de hacer oír más á éste. Me envolvió en citas. Kant, Krause, Shaffe, Nietzsche, Schopenhauer... hasta Eugenio Sué y Leo Taxil.

Otra variedad del *super-Lopez*, que concierne al arte y principalmente á la literatura, es un joven Zaratustra, que habla en versículos y maneja en el vacío un formidable látigo. Este clama contra el turberismo. «Hay que sacar á los jóvenes poetas de su torre de marfil, arrojarlos en medio de la vida para que la canten y sublimen en sus versos. Nada de aislamientos ni de idealismos. Hay que cantar el obrero y la obra, la mina y los mineros, y lo mejor no cantar y bajar á la mina. El progreso, las máquinas, el comercio, los viajeros de comercio...»

—Enhorabuena. Que hagan eso los que quieren hacerlo; pero deje á los demás que sean como son, único medio de ser artistas; usted, hombre fuerte, vaya á cavar enhorabuena (con éste tengo confianza) ó baje á la mina ó invente una máquina. Pero ya sabe usted que el arte puede estar ahí en eso y en todo lo contrario. Sobre todo en esas torres de marfil que usted quiere derribar. Además, un poeta de alientos positivos y enamorado de la vida en nuestra pobre España de hoy, me parecería tan falso... tan falso.

Este no me citó filósofos, sino se fue restallando su látigo y llamándose «venenoso» porque le dije que al cabo todo podía ser lo mejor.

Y basta de ejemplos. El *super-Lopez* es una especie por fortuna á saz numerosa. Es el nivel que sube aquí al grado que alcanzaba en otras naciones el siglo antepasado. Saludemosle agradecidos. No es útil todavía, pero no es nocivo, por lo que no hace nada. Se contenta con ser hombre de ideas, y aunque esto parece tan cómico como envanecerse de ser hombre de dos pies, él se da por satisfecho con su elevado papel de tuerto rey; y si no tiene otra cosa á qué agarrarse, vive de eso y aun medra, cosa que sólo le ocurriría en este bendito país que, con tal de no abrir los ojos, no tiene inconveniente en pasar por tierra de ciegos.

MANUEL MACHADO

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Diálogo entre dos caballeros:

—¡Os arrojo este guante á la cara!—Perdone la ofensa porque este guante, por lo fino; debéis haberlo comprado en casa de G. Zurro, Carretas, 14.

—¿Qué hora es?—preguntó Luis XIV á uno de sus cortesanos. —Señor, la que V. M. quiera —respondió servilmente éste. —La que yo quiera no—arguyó el gran rey—. La que señale el reloj que he comprado en casa de Carlos Coppel, Fuencarral, 25 y 27.

Del Decálogo de Moisés: ¡Todo fiel cristiano debe asegurarse la vida en La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13!

—¿Por qué Grilo hace tan malos versos? ¡Por qué Sagasta nos gobierna tan mal! Porque ni uno ni otro beben los excelentes vinos de la Bodega del Jálón, Caballero de Gracia, 56.

Todos los médicos lo aconsejan á sus clientes: «Si queréis prolongar la vida tomad los *Chococates* de Matías López.»

Dios es Dios, verdad indudable. Pero no hay en la vida otra verdad tan grande como ésta: Para buenos relojes el establecimiento de G. Oña, titulado *La Hora*, Fuencarral, 23.

¡Novios! ¡queréis ser felices! Pues comprad los muebles que han de formar vuestro hogar en casa de A. Vallejo, Alcalá, 17.

—¿Qué triste sería la vida para las personas elegantes si no existiese la *Gran fábrica de guantes* La Calatrava, Alcalá, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, Fuencarral, 102 y Preciados, 7.

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A los responsables y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.